



PADRES: EJEMPLO MORAL PARA JÓVENES

¿Qué tareas pueden desempeñar los padres en la formación moral de los jóvenes? Reflexionar sobre la familia desde una perspectiva ética implica escrutar qué tipo de relaciones personales conviene establecer entre sus miembros a fin de contribuir al desarrollo moral de los menores. Expondré brevemente, desde mi experiencia de padre de cuatro hijos (ahora jóvenes: 25, 23, 21 y 18 años), algunas de las dimensiones éticas que considero ineludible vivir con autenticidad en el seno de la familia. Los padres hemos de ser capaces de transmitir a los descendientes, de un modo real y ejemplar, pautas de comportamiento que contribuyan a su felicidad. Tengo la impresión de que las dos funciones éticas a las que me voy a limitar aquí han pasado hoy, en nuestro contexto cultural un tanto relativista, a un segundo plano, por no decir que están casi olvidadas en la práctica diaria de numerosas familias. Dicho olvido ha contribuido en no escasa medida al aumento de graves problemas sociales.

1.- Enseñar a obedecer: La moderación acentúa la autonomía moral como un elemento de la madurez humana. La ética de Kant en el siglo XVIII –y a partir de entonces forma parte de la cultura dominante– resaltó la capacidad de cada hombre para decidir por sí mismo aquello que debe hacer. La tesis kantiana, sacándola de su contexto y exagerándola hasta el extremo, ha servido en nuestro marco social para justificar la reiterada crítica a la autoridad paterna y la desobediencia a los mandatos de instancias “superiores” (instituciones educativas, Iglesias, legisladores). Este menosprecio del principio de autoridad se suele difundir socialmente, por ejemplo, a través de los medios de comunicación (series juveniles españolas o películas norteamericanas). Y ha penetrado no sólo en la mente de los adolescentes y jóvenes, sino también en la de numerosos padres, que delegan, por impotencia o desidia, sus propias responsabilidades. Hasta tal punto los padres han interiorizado la “crisis de la autoridad” que ellos mismos relativizan su cotidiana tarea educativa. Consi-

deran que no han de mandar, ni exigir obediencia, dado que los niños, desde muy pequeños, y los adolescentes, saben ya lo que más les conviene, o en todo caso han de aprender por sí mismos a ser libres y responsables. Esta mentalidad origina, por ejemplo, que en las escuelas los maestros y profesores tengan que “luchar” cada día con niños y adolescentes que no saben lo que es la autoridad, no son capaces de una mínima autodisciplina, ni de respetar a quien les enseña. ¿Si no obedecen a sus padres, cómo van a obedecer al maestro...!

Sin embargo, no pocas investigaciones de psicología evolutiva nos han mostrado que un sujeto sólo llegará a ser autónomo tras atravesar previamente etapas de obediencia y heteronomía (normas venidas desde fuera). Gracias a los criterios morales que los padres enseñan a los niños pequeños y adolescentes, estos hijos alcanzarán en su juventud finura ética y sensibilidad moral, autonomía y madurez suficientes para asumir por sí mismos las personales responsabilidades y decisiones. Dicho en términos sencillos: *quien no ha aprendido a obedecer de niño, no sabrá exigirse nada a sí mismo de joven.*

He aquí, a mi juicio, una de las tareas morales que ha de desempeñar hoy la familia: transmitir a los hijos la importancia de la obediencia a los padres y maestros. Sólo en el seno de la familia –donde los lazos afectivos son predominantes– puede adquirirse este valor del respeto al mayor, a la autoridad moral. Resulta muy difícil cumplir esta tarea, a veces ingrata, por otras instancias educativas. Para que los jóvenes alcancen la autonomía moral, objetivo clave de la educación, se requiere que hayan atravesado con anterioridad en el hogar un periodo de heteronomía, o mejor dicho, de “pater-nomía” (transmisión de claras pautas morales procedentes de los padres).

2.- Enseñar a amar: El concepto de amor es quizá uno de los más desvirtuados del lenguaje. Los griegos hablaron de la *philia* como tendencia, como búsqueda, como amistad, pero también del *eros* como atracción sexual, deseo



Una de las tareas morales que ha de desempeñar hoy la familia: transmitir a los hijos la importancia de la obediencia

de contacto físico. Para los griegos, el amor era equivalente a la amistad o a la atracción pasional del otro. San Pablo amplió y enriqueció el sentido del amor con el concepto griego de *ágape*, al afirmar que “el amor es paciente, es benévolo; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca” (1 Cor., 13, 4-8).

En nuestro contexto cultural, esta concepción del amor resulta para muchos jóvenes algo idealista, lejano, utópico, imposible de concretarse en las relaciones interpersonales. Bien es verdad que la plena realización del amor es más una obra sobrenatural, resultado de la acción de Dios en el hombre por medio de la gracia, que alcanzable a través del mero esfuerzo humano. Sin embargo, queda expresado en el texto de San Pablo el núcleo de lo que significa amar. Los hijos (niños, adolescentes y jóvenes), para alcanzar su madurez y equilibrio moral, han de ver realizado este tipo de amor, aunque sea de modo limitado y precario, en sus padres. Los jóvenes sólo serán capaces de amarse en un futuro, de entrar en su propio matrimonio sin miedos ni condiciones, si previamente, en su hogar de origen, han sido testigos de las virtudes propias del *ágape*. Ellas poseen tal valor, que la misión principal de los padres ante sus hi-

jos (y especialmente si son cristianos) ha de ser la de encarnarlas del modo más auténtico posible, mostrar la atracción moral de su puesta en práctica. Si los padres fracasamos en la transmisión a los hijos de estas virtudes morales, estaremos formando jóvenes radicalmente incapaces de vivir después una feliz relación amorosa en los hogares que ellos mismos construyan.

Estamos ante uno de los problemas más graves que sufre la sociedad en general y las relaciones interpersonales en particular: la incapacidad de vivir el amor conyugal y fraternal en los términos proclamados por San Pablo. Cada vez son más numerosos los matrimonios jóvenes inestables y rotos. Las cifras son alarmantes. Una de las raíces más profundas de los problemas matrimoniales entre jóvenes (y maduros) se encuentra en que no saben ni pueden vivir este amor. ¿Por qué? Porque, a la par del proceso de descristianización que nos invade, se ha producido en las sociedades avanzadas una ridiculización aguda de las virtudes morales a las que nos invita el texto paulino. Para muchas personas resultan incomprensibles, etéreas y vacías de contenido palabras como “servicio”, “humildad”, “perdón”. Y son cada vez más los jóvenes (casados o como parejas de hecho) que edifican su vida en común sobre *arena*: el sentimiento, la pasión, el deseo, el placer sexual, las posibilidades económicas, las coincidentes aficiones deportivas o culturales... Si bien es cierto que tales realidades humanas constituyen ingredientes básicos de las relaciones interpersonales, sin apoyo constante en la *roca*, que es la experiencia del amor que Jesucristo nos ofrece, las relaciones de pareja, en no pocas ocasiones, entran en una dinámica de hastío, frustración, rencor, chantaje, exigencia inmisericorde, etc., que conducen pronto o tarde a las rupturas matrimoniales de las que todos, lamentablemente, somos testigos.

Enrique Bonete Perales
es catedrático de Filosofía Moral.
Universidad de Salamanca

